

Jesús de Nazaret en la fuentes históricas

(I) Helenísticas y romanas

Francisco Varo

Cfr. Francisco Varo, *Rabí Jesús de Nazaret*, BAC Madrid 2005, pp. 99-114

Las primeras menciones de Jesús en documentos literarios fuera de los escritos cristianos se pueden encontrar en algunos historiadores helenistas y romanos que vivieron en la segunda mitad del siglo I o en la primera mitad del siglo II; por lo tanto, bastante cercanos a los acontecimientos.

Sin embargo, y máxime teniendo en cuenta que en la antigüedad las noticias no circulaban tan rápido como en el mundo actual, el conocimiento que tenían de Jesús esos historiadores era bastante superficial. Además, carecían aún de la necesaria perspectiva histórica para calibrar toda la importancia que su figura habría de tener en los siglos posteriores y no podían imaginar la magnitud de su influjo en tantos aspectos de la cultura humana, desde la moral hasta las artes plásticas, desde la filosofía a la literatura. Pero quizá por eso lo que dicen resulta especialmente significativo, porque se trata de menciones marginales en el conjunto de sus obras, escritas sin tener conciencia de la importancia que alcanzarían esos párrafos, precisamente por mencionar la figura de Jesús, que para ellos no tenía especial trascendencia.

También conviene hacer notar, antes de presentar a esos autores y estudiar lo que dicen, que, más que haber conocido a Jesús, lo que realmente les llega son los ecos de la expansión por el Imperio romano de sus seguidores. Y eso sí que es un dato del que no se puede prescindir en un acercamiento riguroso a su figura: fue un hombre que desencadenó una movilización de personas de todas las clases sociales que, con enorme rapidez para la época, se difundieron por todos los rincones del Imperio, hasta el punto de que su presencia no pasa inadvertida a los historiadores generales de pocas décadas después.

1. Mara bar Sarampión

El texto más antiguo que se conserva donde se mencione, aunque de un modo implícito, a Jesús fue escrito por un filósofo estoico originario de Samosata, en Siria, llamado Mara bar Sarampión.

Se trata de una carta escrita a su hijo desde su cautividad, probablemente poco después del año 73. Está cargada de exhortaciones paternales y advertencias para que acoja y conserve la sabiduría como único bien valioso. Aunque los sabios sean perseguidos -le enseña-, la sabiduría permanece. El texto a que nos referimos dice así:

«¿De qué sirvió a los atenienses haber matado a Sócrates, crimen que pagaron con el hambre y la peste? ¿O de qué sirvió a los samios quemar vivo a Pitágoras, cuando todo su país quedó cubierto de arena en un instante? ¿O a los judíos dar muerte a su sabio rey, si desde entonces se han visto despojados de su reino? Porque Dios se tomó justa venganza por esos tres sabios: los atenienses murieron de hambre, los samios fueron inundados por el mar, los judíos sucumbieron y fueron expulsados de su reino, y viven dispersos por todas partes.

Sócrates no murió, gracias a Platón. Ni Pitágoras, gracias a la estatua de Hera. Ni el rey, gracias a las nuevas leyes que promulgó» [1].

Es bien conocido el caso de Sócrates, condenado a muerte por los atenienses. Al mencionar a Pitágoras en este pasaje se entremezclan noticias acerca del filósofo y el escultor que llevan el

mismo nombre. La alusión al «rey sabio» de los judíos posiblemente le llega por fuentes cristianas. Pero es significativo que en un texto tan antiguo aparezca ya una caracterización de Jesús como «sabio», e incluso como «rey», lo que supone una interpretación teológica de su figura. De acuerdo con lo que por aquellos años era frecuente entre los cristianos de Siria se interpreta la destrucción de Jerusalén en el año 70 como un castigo por la muerte de Jesús.

También es importante observar la mención de las «nuevas leyes» que promulgó, tal vez en alusión a las antítesis del Sermón de la Montaña (d. Mt 5,21-48) [2].

2. Flavio Josefo

La mención más notable de Jesús escrita por un autor que no es cristiano es la que transmite un historiador judío afincado en Roma llamado Flavio Josefo, en su obra *Antigüedades judías*. Este hombre había nacido el año 37 d.C., probablemente en Jerusalén [3]. Su padre era de linaje sacerdotal, y se llamaba Matías. Simpatizaba con las ideas saduceas. El joven Flavio fue educado en el aprendizaje de la Torah y de las tradiciones religiosas de su pueblo, así como en la lengua griega.

Siendo aún muy joven, a los quince o dieciséis años, dejó la casa paterna, y tuvo experiencias religiosas en contacto con saduceos, fariseos y esenios, hasta que conoció a una especie de santón que vivía en el desierto, llamado Bano, con el que vivió tres años, hasta que decidió regresar a Jerusalén, decantándose hacia el grupo de los fariseos. Comenzó entonces a desempeñar papeles político-religiosos de relevancia.

En el año 63 o 64 viajó a Roma con la misión de negociar la liberación de unos sacerdotes detenidos por el prefecto Félix, que habían sido enviados a la Urbe en tiempos de Nerón. Ya entonces manejaba con bastante soltura el griego, que había aprendido desde su juventud, y que le permitiría redactar sus obras más importantes en esta lengua. Tras laboriosas gestiones en el entorno del emperador, fue presentado a Popea, esposa de Nerón, y por su influjo consiguió que los liberasen. Su misión duró un par de años y tuvo un notable éxito, por lo que regresó a Jerusalén revestido de una merecida fama de buen negociador, capaz de tender lazos con Roma.

De nuevo en su tierra, intentó calmar los ánimos de sus compatriotas y disuadidos de aventurarse a una guerra contra los romanos. Sin embargo, el ambiente de Jerusalén estaba muy crispado, y ya se fraguaba la revuelta que se desencadenaría pocos años después. Cuando se percibía cada vez con mayor claridad que la ruptura entre judíos y romanos resultaba inevitable, era difícil quedarse en una posición intermedia. Ante él se presentaba la alternativa de mantener la amistad con los romanos o la de unirse a la rebelión, y, llegado el momento, decidió alzarse con los sublevados. De este modo, en la guerra de los judíos contra Roma asumió el gobierno y el mando militar supremo de Galilea. Sin embargo, su talante contemporizador con el Imperio levantaba recelos entre los suyos, y no tardaron en alzarse contra él algunos de sus compañeros de sublevación.

Cuando Roma puso a Vespasiano al mando de las operaciones, y éste se presentó con sus tropas en Galilea, *Flavio Josef*, que se encontraba entre dos frentes, el romano y el de la revuelta interna frente a él, buscó la salida que le resultaba más beneficiosa en aquel momento, y se pasó al bando romano. En esas circunstancias surge una amistad, que sería duradera, entre Vespasiano y su hijo Tito con el prófugo judío. Su conversación, amable y culta, y su capacidad de adaptarse a las circunstancias le facilitaron las cosas. En esa situación vivió durante dos años, en régimen de cierta cautividad debido a sus antecedentes, en Cesarea Marítima.

El año 69 la ascensión de Vespasiano a la máxima jefatura del Imperio y la amistad con Tito, su heredero y jefe entonces de las operaciones romanas en Palestina, le granjearon la libertad. Participó con los romanos en el asedio a Jerusalén, y entró junto a Tito como vencedor de su propia ciudad, para después marchar a Roma con el triunfador. Se dirigieron por tierra, a través del Sinaí, hasta Alejandría, y allí embarcaron hacia la Urbe. Vespasiano le concedió el derecho de ciudadanía romana.

En su madurez, asentado en la capital del Imperio, dedicó los últimos años de su vida a narrar los hechos que había vivido y a ensalzar las tradiciones de su pueblo. **Escribió entonces sus cuatro obras: la Guerra de los judíos, las Antigüedades de los judíos, su Autobiografía y el Contra Apión.** En sus obras hay descripciones llenas de interés, contadas por quien ha vivido los acontecimientos históricos y ha visto con sus propios ojos los lugares, ciudades y edificios que describe. También hay numerosas referencias a acontecimientos de los que no fue protagonista, pero que le eran cercanos en el tiempo y de los que tuvo noticias directas porque aún eran muy comentados por la gente.

Su obra más importante, la *Guerra de los judíos*, la compuso entre los años 75 y 79 en arameo, y posteriormente se tradujo al griego. Comienza su narración con el levantamiento de los Macabeos y termina con la guerra contra los romanos que acababa de tener lugar. Está escrita en siete libros. Como testigo de los hechos, sus relatos están llenos de valoraciones e impresiones personales y cargados de dramatismo en algunos pasajes.

Como es fácil de suponer, teniendo en cuenta su actividad en esa guerra, y que se cambió de bando a mitad del conflicto, su figura fue muy criticada por los que habían permanecido hasta el final entre los judíos sublevados. Para responder a las acusaciones que *Justo de Tiberiades* le había hecho en otra *Historia de las guerras de los judíos*, escribió su *Autobiografía*, que es un relato detallado de su actividad en Galilea.

También quiso dejar constancia del aprecio que seguía manteniendo por su pueblo, y para eso compuso una hermosa obra *Acerca de la antigüedad de los judíos*, más conocida como *Contra Apión*. Consta de dos partes, la primera es una exaltación de las costumbres y el culto de los judíos, apelando a su antigüedad, y la segunda una respuesta a las injurias y calumnias de cuño antisemita lanzadas por el gramático Apión.

Junto a éstas obras, escribió las Antigüedades de los judíos, su escrito más voluminoso. Comprende veinte libros, y abarca desde la Creación del mundo hasta el reinado de Nerón. Los diez primeros libros son una síntesis de lo que se cuenta en la Biblia hebrea, completada con algunas leyendas, tradiciones o interpretaciones particulares. En los siguientes, narra los hechos que ha vivido y conoce de primera mano o por narraciones de los protagonistas. Aunque manifiesta su deseo de ajustarse a la escueta verdad, no siempre es imparcial, como por ejemplo cuando descarga a sus amigos Vespasiano y Tito de toda culpabilidad en la destrucción de Jerusalén.

Precisamente en esta obra, las Antigüedades de los judíos (*Antiquitates iudaicae*), hay dos conocidos pasajes donde menciona a Jesús [4].

El segundo de esos pasajes contiene menos información sobre él que el primero -que analizaremos con más detalle a continuación-, pero no presenta dudas sobre su autenticidad [5]. Es el texto donde habla de la ejecución de Santiago, y dice así:

«Siendo así, Anás consideró que se presentaba una ocasión favorable cuando Festo murió y Albino se encontraba aún de viaje: convocó una asamblea de jueces e hizo comparecer a Santiago, hermano de Jesús

llamado el Cristo, y a algunos otros, y presentó contra ellos la acusación de ser transgresores de la ley, y los condenó a ser lapidados» [6].

Esa ejecución tuvo lugar en la Pascua del año 62 d.C., y no se trata de la de Santiago, hermano de *Juan*, que tuvo lugar por obra de Herodes Agripa 1 en el año 44 d.C. (cf. Hch 12,1-3).

Este texto de Flavio Josefo, en su brevedad, testimonia de una parte que a Jesús se le llamaba, al menos por parte de algunos, el *Cristo* (es decir, el Mesías), y que tuvo un pariente llamado Santiago, al que, como era habitual en Palestina, se le denomina «hermano». Este «Santiago, hermano de Jesús», es un personaje conocido y mencionado en los evangelios (cfr. Mc 6,3).

Pero el más importante con mucho de esos dos textos de Flavio Josefo es el primero, también conocido como *Testimonium Flavianum*, que es el testimonio antiguo no cristiano más extenso sobre Jesús, y tal vez por eso ha sido el más discutido. En todos los manuscritos antiguos que se conservan de las obras de Josefa dice así:

«Por este tiempo vivió Jesús, un hombre sabio, si se le puede llamar hombre, que realizaba obras extraordinarias, maestro de todos los hombres que acogen con gusto la verdad. Arrastró a muchos judíos y a muchos paganos. El era el Mesías. Aunque, por instigación de nuestras autoridades, Pilato lo condenó a morir en la cruz, los que antes lo habían amado no lo abandonaron, porque al tercer día se les apareció vivo de nuevo, como lo habían previsto los profetas, que además habían anunciado muchas cosas admirables sobre él. Hasta el día de hoy sigue existiendo el linaje de los cristianos, que se denomina así por él» [7].

El testimonio acerca de Jesús que ofrece es tan cercano a algunos puntos esenciales de la fe cristiana, que algunos comentaristas piensan que ese texto es el resultado de la interpolación realizada por una mano cristiana, en algún momento de los procesos de copia de los manuscritos, de algunas frases en un texto más breve de Flavio Josefa. Esa hipótesis, aunque discutible, no puede ser rechazada como totalmente arbitraria, ya que, como sucede con todas las obras de la antigüedad clásica, no se conserva el manuscrito original, sino copias medievales realizadas en monasterios cristianos. Por lo que la eventualidad apuntada no se puede rechazar sin más [8].

Una primera cuestión técnica que es necesario afrontar consiste en averiguar, en el supuesto de que haya habido alguna interpolación posterior a Josefa, qué frases de ese texto pertenecen al original y cuáles han sido añadidas. E incluso, si se formula la cuestión de modo más radical, podría plantearse si hay algo original de Flavio Josefa en todo ese párrafo.

De entrada, se puede advertir que la posterior mención de Jesús en la misma obra, al hablar de la muerte de Santiago, parece presuponer ya conocido del lector a ese Jesús del que apenas se ofrecen después más explicaciones; luego cabe esperar que en la obra de Josef hubiera una mención anterior a aquella y más amplia, que necesariamente debe ser esta de la que nos ocupamos. Otro tema es si toda ella es original de Josef, o sólo una parte.

En cualquier caso, se puede constatar que el texto emplea modos de expresarse corrientes en el lenguaje de Josefa, pero no en el cristiano, como son el calificativo «hombre sabio» aplicado a Jesús, la denominación «obras extraordinarias» para calificar lo que la literatura cristiana llama «milagros» o «signos», o la expresión «acoger con gusto la verdad», ya que la palabra «gusto» (en griego *hedoné*, de donde deriva «hedonismo») suele tener connotaciones negativas en las obras cristianas.

Sin embargo, también hay que tomar en consideración otros datos que inducen a pensar que, a pesar de que el texto tenga su origen en Flavio Josefo, se han introducido algunos retoques en época temprana. De una parte, hay algunas frases que difícilmente han podido ser escritas por un judío, pues parecen claramente redactadas por un cristiano: el inciso «si se le puede llamar hombre», la afirmación de que «él era el Mesías» y la explicación de que «al tercer día se les apareció vivo de nuevo, como lo habían previsto los profetas, que además habían anunciado muchas cosas admirables sobre él». Por otra parte, Orígenes afirma explícitamente en una de sus obras que Josef no creyó que Jesús fuera el Mesías [9]. Por lo tanto, es muy probable que esas frases que parecen añadidas no estuvieran en el texto de Josefo que leyó Orígenes.

Una posible reconstrucción del texto original de Josef, que luego sería ligeramente retocado, podría ser la siguiente, que es la traducción de una versión árabe del texto de Josef citada por Agapio, un obispo de Hierápolis, en el siglo X:

«Por este tiempo, un hombre sabio llamado Jesús tuvo una buena conducta y era conocido por ser virtuoso. Tuvo como discípulos a muchas personas de los judíos y de otros pueblos. Pilato lo condenó a ser crucificado y morir. Pero los que se habían hecho discípulos suyos no abandonaron su discipulado y contaron que se les apareció a los tres días de la crucifixión y estaba vivo, y que por eso podía ser el Mesías del que los profetas habían dicho cosas maravillosas» [10].

Incluso este texto, expurgado de toda eventual re elaboración cristiana, constituye un testimonio de primer orden no sólo acerca de la existencia de Jesús, sino de los elementos centrales de su vida: fue un hombre bueno, atrajo tras de sí a muchas personas, tuvo discípulos que le permanecieron fieles incluso en los momentos difíciles, fue condenado por Pilato y murió en una cruz, y sus seguidores manifestaron desde el primer momento que a los tres días había resucitado, que vive, y que en él se cumple lo anunciado por los profetas.

3. Plinio el Joven

Además de los testimonios de Flavio Josefo, especialmente el primero, el más extenso y completo que se conserva fuera de las fuentes cristianas, hay otros escritores romanos que mencionan a Cristo o a sus seguidores, los cristianos. Uno de los textos más antiguos e impresionantes aparece en una carta de Cayo Plinio Cecilia Segundo, más conocido como Plinio el Joven [11].

Este autor nació en Como, hacia el año 61 d.C., en una familia noble. Como los muchachos que estaban destinados al orden senatorial y al trabajo en la vida pública, recibió una buena formación en retórica y leyes en Roma. Estudió con Quintiliano, uno de los maestros más insignes del momento. A la muerte de su padre, fue a vivir con su tío materno, Plinio el Viejo, que lo adoptó como hijo y le dejó sus bienes cuando murió el año 79 en la erupción del Vesubio. A partir del año siguiente, comenzaba su actividad pública como abogado, en la que tuvo gran éxito, por lo que su fama se fue acrecentando con rapidez.

Hacia el año 82 comenzó una brillante carrera política. Desempeñó la cuestura, el tribunado y la pretura. En el año 100 obtuvo el consulado bajo el imperio de Trajano, y gozó de la amistad y confianza del emperador. Para agradecerle los favores que le habían sido dispensados escribió entonces el *Panegírico de Trajano*, la única obra oratoria que se ha conservado de él. Esta pieza literaria es de un valor singular, con indicaciones precisas, muy valiosas para la historia, acerca de los tres primeros años del reinado de Trajano, y con una información preciosa sobre la vida y las instituciones del Imperio: administración financiera y jurídica, funciones del Senado, triunfos, juegos, etc.

En torno a los años 112 y 113 alcanzó la cumbre de su carrera pública al ser nombrado legado imperial para las provincias del Ponto y de Bitinia.

En esa época publicó sus *Epístolas*, agrupadas en nueve libros. Aunque la posteridad ha apreciado sobre todo su valor documental, estas cartas personales contienen numerosos elementos retóricos y poéticos. Toma a Cicerón como modelo, aunque las circunstancias históricas y los gustos literarios de las épocas respectivas son muy distintos. Mientras que las epístolas de Cicerón son verdaderas cartas a amigos, las de Plinio están escritas para ser publicadas, con un estilo muy cuidado, pero con menor frescura espontánea. Cada una trata de un tema concreto, y en conjunto constituyen un lúcido retablo de las costumbres públicas y privadas de la sociedad romana de la época.

A esos nueve libros de cartas se añadió un décimo, de incalculable valor histórico, en el que se recopila su correspondencia con el emperador Trajano. En él se alternan las consultas de Plinio sobre cuestiones concretas y las respuestas del más alto mandatario.

Precisamente una de esas cartas que Plinio escribe a Trajano desde Bitinia constituye un documento excepcional sobre la rápida expansión de los discípulos de Cristo, y el fuerte arraigo de la creencia en el carácter divino de Jesús, compartida por jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, gentes de la ciudad y del campo, personas de todas las clases sociales [12]. Vale la pena gastar unos minutos en leer esa carta completa, que dice así:

«Maestro, es una regla para mí someter a tu consideración todas las cuestiones en las que tengo dudas.

¿Qué podría hacer mejor para dirigir mi inseguridad o instruir mi ignorancia?

Nunca he participado en las investigaciones sobre los cristianos. Por tanto no sé qué hechos ni en qué medida deban ser castigados o perseguidos. Y con no pocas dudas me he preguntado si no habría que hacer diferencias por razón de la edad, o si la tierna edad ha de ser tratada del mismo modo que la adulta; si se debe perdonar a quien se arrepiente, o si bien a cualquiera que haya sido cristiano de nada le sirva el abjurar; si ha de castigarse por el mero hecho de llamarse cristiano, aunque no se hayan cometido hechos reprobables, o las acciones reprobables que van unidas a ese nombre.

Mientras tanto, esto es lo que he hecho con aquellos que me han sido entregados por ser cristianos. Les preguntaba a ellos mismos si eran cristianos. A los que respondían afirmativamente, les repetía dos o tres veces la pregunta, amenazándolos con suplicios: a los que perseveraban, los he hecho matar. No dudaba, de hecho, confesaran lo que confesasen, que se los debiera castigar al menos por tal pertinacia y obstinación inflexible.

A otros, atrapados por la misma locura, los he anotado para enviarlos a Roma, puesto que eran ciudadanos romanos. Bien pronto, como sucede en estos casos, multiplicándose las denuncias al proseguir la indagación, se presentaron otros casos diferentes.

Fue presentada una denuncia anónima que contenía el nombre de muchas personas. Aquellos que negaban ser cristianos o haberlo sido, si invocaban los nombres de los dioses según la fórmula que yo les impuse, y si ofrecían sacrificios con incienso y vino a tu imagen, que yo había hecho instalar con tal objeto entre las imágenes de los dioses, y además maldecían a Cristo, cosas todas ellas que me dicen que es imposible conseguir de los que son verdaderamente cristianos, he considerado que deberían ser puestos en libertad.

Otros, cuyo nombre había sido dado por un denunciante, dijeron que eran cristianos, pero después lo negaron. Lo habían sido, pero después dejaron de serlo, algunos al cabo de tres años, otros de más, algunos incluso por más de veinte. También todos estos han adorado tu imagen y las estatuas de los dioses y han maldecido a Cristo.

Por otra parte, estos afirmaban que toda su culpa o su error habían consistido en la costumbre de reunirse determinado día antes de salir el sol, y cantar entre ellos sucesivamente un himno a Cristo, como si fuese un dios, y en obligarse bajo juramento, no a perpetrar cualquier delito, sino a no cometer robo o adulterio, a no

faltar a lo prometido, a no negarse a dar lo recibido en depósito. Concluidos estos ritos, tenían la costumbre de separarse y reunirse de nuevo para tomar el alimento, por lo demás ordinario e inocente. Pero que habían abandonado tales prácticas después de mi decreto, con el cual, siguiendo tus órdenes, había prohibido tales cosas.

He considerado sumamente necesario arrancar la verdad, incluso mediante la tortura, a dos esclavas a las que se llamaba servidoras. Pero no logré descubrir otra cosa que una superstición irracional desmesurada. Por eso, suspendiendo la investigación, recurro a ti para pedir consejo. El asunto me ha parecido digno de tal consulta, sobre todo por el gran número de denunciados. Son muchos, de hecho, de toda edad, de toda clase social, de ambos sexos, los que están o serán puestos en peligro. No es sólo en la ciudad, sino también en las aldeas y por el campo, por donde se difunde el contagio de esta superstición. Sin embargo, me parece que se la puede contener y acallar. De hecho, me consta que los templos, que se habían quedado casi desiertos, comienzan de nuevo a ser frecuentados, y las ceremonias rituales, que se habían interrumpido hace tiempo, son retomadas, y que por todas partes se vende la carne de las víctimas, que hasta ahora tenía escasos compradores. De donde se puede concluir que gran cantidad de personas podría enmendarse si se les ofrece ocasión de arrepentirse» [13].

El testimonio sobre los cristianos es tan impresionante, que algunos han sospechado que se trata de una carta falsa, interpolada por algún copista medieval entre las cartas de Plinio. Sin embargo, esa hipótesis ha de ser rechazada críticamente, ya que esa carta y la respuesta de Trajano ya eran conocidas en el siglo n, como lo atestigua la mención de Tertuliano en una obra escrita el año 197 [14]. Por otra parte, no es de extrañar que en el Ponto hubiese tantos cristianos ya en esa época, puesto que había en Jerusalén hombres venidos de esa zona que escucharon la predicación de Pedro en Pentecostés (Hch 18,2). Además, es bien conocido un personaje cristiano de allí, llamado Marción, al que Tertuliano refuta, que era hijo de padre cristiano y murió en edad madura hacia el año 160. Nada tiene, pues, de extraño que cuando Plinio escribe desde Bitinia y el Ponto a Trajano en el año 112 o 113 hubiese allí muchos cristianos.

Este testimonio menciona tres acusaciones contra los cristianos [15], pero dice poco explícitamente acerca de Jesús. De hecho, no lo menciona por su nombre, sino por el apelativo Cristo que le daban sus discípulos. Pero sí que manifiesta de modo bien patente que, cuando no ha transcurrido aún un siglo desde su predicación y muerte, sus seguidores lo consideran como alguien divino, ya que cantan «un himno a Cristo, como si fuese un dios» [16]. La expansión de su recuerdo y su doctrina ha sido prodigiosa, pues ha arraigado lejos de Galilea y Judea en sólo unas décadas. Además, el impacto de su figura y enseñanza se traduce en un exigente compromiso ético. Muchas personas se muestran dispuestas a afrontar terribles sufrimientos, e incluso la muerte, antes que abjurar de él.

Desde el punto de vista puramente histórico, no queda lugar a dudas de que ese Jesús, del que Flavo Josefa había dejado constancia de su existencia y hechos más relevantes, pronto suscitó incluso en regiones lejanas una adhesión extraordinariamente fuerte.

4. Tácito

Otro autor pagano de notable importancia, contemporáneo de Plinio el Joven, que menciona a Cristo, es Camelia Tácito, un historiador romano que escribe también a finales del siglo I [17].

Nació en el año 55, cuando ya había comenzado a reinar Nerón. Pasó la mayor parte de su vida en Roma. El año 78 se casó con una hija del cónsul Cneo Julio Agrícola, personaje que influyó en su carrera pública y en su formación retórica. Ya por entonces había comenzado su *cursus honorum*, primero como tribuna militar, en el imperio de Vespasiano; después fue cuestor con

Tito, edil, pretor y quinceviro con funciones sagradas con Domiciano. Legado en Bélgica y cónsul con Nerva, y procónsul de Asia con Trajano.

Desde los primeros años tuvo una intensa vida dedicada al foro y la política. Tras acceder al consulado y alcanzar un prestigio notorio como abogado, se dio a conocer como escritor en el año 98 con su *Vida de Julio Agrícola*, a la que siguieron otras obras menores como *Germania* y el Diálogo sobre los oradores.

Posteriormente da comienzo a su gran obra histórica a la que quiso llamar, según parece, *Ab excessu Diui Augusti libri* (*Libros a partir de la muerte del Divino Augusto*), pero que sería más conocida por el nombre de *Anales*, una denominación que el propio Tácito emplea, aunque no llegaría a imponerse como nombre propio de este libro hasta el Renacimiento. Comenzó a escribirla antes del año 109 Y terminó probablemente hacia el 117, en tiempos del emperador Trajano. En ella se cuentan las vicisitudes de la historia interior y exterior de Roma desde el imperio de Tiberio hasta el de Nerón, ambos inclusive. Es decir, el período comprendido entre los años 14 y 68 d.C.

Para Tácito el oficio de historiador consistía en celebrar la virtud y refrenar el vicio, pero su obra está más llena de tristeza que de triunfalismo, a pesar de que escribe en un momento importante del Imperio romano. Es un autor de carácter independiente, crítico con la tiranía y contrario a lo que consideraba inicuo. Desdeñaba a la plebe por su volubilidad e inclinación a la servidumbre, y especialmente a los agitadores del pueblo. En política era partidario de un absolutismo basado en la ley, la razón y el orden.

El texto en que menciona a Cristo, figura entre los relatos de la actividad de Nerón. Al comentar las consecuencias del incendio de Roma en el año 64 d.C. dice:

«Ni con los remedios humanos ni con las larguezas del príncipe o con los cultos expiatorios perdía fuerza la creencia infamante de que el incendio había sido ordenado.

En consecuencia, para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos, aborrecidos por sus ignominias. Aquel de quien tomaban nombre, Cresta, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato. La execrable superstición, momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no sólo por Judea, origen del mal, sino por toda la Ciudad, lugar en el que de todas partes confluyen y donde se celebran toda clase de atrocidades y vergüenzas.

El caso es que se empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquéllos, a una ingente multitud, y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano.

Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que perecían desgarrados por perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces, al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran de iluminación durante la noche.

Nerón había ofrecido sus jardines para tal espectáculo, y daba festivales circenses mezclado con la plebe, con atuendo de auriga o subido en un carro. Por ello, aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión, ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo» [18].

El texto tiene en sí mismo una fuerza extraordinaria [19]. Llama la atención una mención tan temprana de Cristo y de los cristianos por parte de un autor pagano que siempre ha vivido en Roma. El texto constituye un testimonio notable de la rápida expansión de sus discípulos por todo el Imperio hasta llegar a la Urbe.

El hecho de que en los principales manuscritos de esta obra se designe a los cristianos como *chrestianos* (no *christianos*, como sucederá más adelante) es un rasgo de su autenticidad. Si se tratara de un párrafo interpolado en su obra siglos después por algún copista, sin duda diría

***christianos*, que es la terminología habitual.**

En cambio, el apelativo *chrestianos* y el nombre *Chrestos* parece que son utilizados por Tácito tal y como a él le han sonado al oído cuando los ha escuchado, sin conocer con precisión el sentido que tenían. Por eso los ha relacionado intuitivamente con el término griego *chrestós* «<beneficioso>», mucho más corriente, y no con *christós* (es decir, «ungido», «mesías»), mucho menos frecuente para un pagano con el significado técnico que posee en el contexto de la tradición judía.

La lectura detenida del pasaje permite apreciar que se alude a algunos datos históricos de notable importancia. En primer lugar, que Jesús fue ejecutado por orden de la autoridad romana, en tiempo del emperador Tiberio y siendo procurador de Judea Poncio Pilato («Cresto había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato»). A la vez deja claro que en torno a ese personaje surgió con extraordinario ímpetu, un movimiento religioso, que se extendió a partir de Judea y que llegó en poco tiempo hasta la misma Roma «da execrable superstición, momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no sólo por Judea, origen del mal, sino por toda la Ciudad»).

El modo en que está redactado el pasaje, que muchos consideran una pieza magistral del estilo y pensamiento de Tácito, aboga también por su autenticidad. Además, el tono hostil en que habla de los cristianos «da execrable superstición» no invita a pensar en una interpolación cristiana posterior, durante el proceso, de copia en la Edad Media.

5. Suetonio

Contemporáneo de los anteriores es Gayo Suetonio Tranquilo, nacido el año 69 d.C. en una familia originaria de norte de África que se había establecido en Roma a finales de la década de los sesenta [20]. Su padre era oficial del ejército y pertenecía al orden ecuestre, que era una clase media alta.

Él mismo afirma que era un adolescente durante el imperio de Domiciano. En esos años estudiaba gramática, literatura y retórica. A partir del año 97 su biografía se conoce con cierto detalle gracias a la amistad que mantuvo con Plinio el Joven, pues las alusiones que éste hace en sus cartas permiten seguir la pista de la actividad de Suetonio. Parece que por influencia de Plinio obtuvo un tribunado militar que no llegó a utilizar, pero que le sirvió después para su ingreso en la casa imperial.

Poco después del año 100 ya estaba en marcha la composición de una de sus grandes obras históricas, el *De viris illustribus*, ya que en el año 105 Plinio escribía a su amigo instándole a publicarla. En esos años ejercía como abogado en Roma.

Después realizó algunos viajes por África acompañando a Adriano, antes de que éste fuera nombrado emperador, y parece que también vivió en Bitinia en torno a los años 111-112, cuando el gobernador de allí era Plinio el Joven. Más adelante regresó a Roma, donde trabajó al servicio del emperador, que entonces era Trajano.

Tras la muerte de Plinio, gran valedor de Suetonio hasta ese momento, éste encontró un nuevo protector en la corte, que fue C. Septicius Clarus, que en esos momentos ostentaba un alto

cargo, el de *praefectus praetorio*. En el año 113 Suetonio fue nombrado secretario *ab epistulis latinis* y posteriormente secretario *studiis et bibliothecis*, puestos de gran relevancia en la corte. Entonces publicó al [m su *De viris illustribus*.. De esta magna obra sólo se conservan las partes correspondientes a los *Gramáticos* y *Retóricos*.

Los cargos que desempeñaba le permitían el acceso a los archivos de palacio, a la correspondencia de César y Augusto, a sus testamentos, a los escritos de Nerón y a muchos otros documentos oficiales. Con esas fuentes compuso sus *Vitae Caesarum* (*Vidas de los doce Césares*), que tienen una gran importancia histórica, ya que pudo utilizar fuentes de primera mano. Esta obra se terminó de escribir, probablemente, el año 119 o 120 y se publica el 121. Consta de doce biografías, agrupadas en ocho libros, la primera de las cuales es la de Julio César, y las siguientes son las que corresponden a los emperadores de las dinastías de los Césares y de los Flavios. **El libro quinto, que es el que ahora nos interesa, está dedicado a Claudio, que gobernó el Imperio del 41 al 54 d.C. La mención a los acontecimientos que nos ocupan es muy breve: sólo un nombre.** Aparece cuando evoca la decisión del emperador Claudio de expulsar de Roma a los judíos: «*Expulsó de Roma a los judíos, que provocaban alborotos continuamente a instigación de Cresto*» [21].

Al instigador de los judíos se le denomina Cresto [22]. Al igual que otros historiadores de su época como Tácito, que todavía no habían llegado a conocer a fondo la enseñanza de Jesús ni la acción de sus discípulos, menciona el nombre (*Cresto*) como le suena de oídas el apelativo con que le designaban sus seguidores (*Cristo*).

El interés de esta mención, a pesar de su brevedad, es grande, ya que fue escrita por quien tenía un buen acceso a las fuentes imperiales y habla del revuelo organizado en Roma por las noticias acerca de Cristo mientras Claudio era emperador. La expulsión de los judíos que vivían en Roma en tiempos de Claudio es aludida en el libro de los Hechos de los Apóstoles al explicar el motivo del traslado de Áquila y Priscila a Corinto (Hch 18,2), y tuvo lugar en el año 49, es decir, menos de veinte años después de la muerte de Jesús en Jerusalén. Estaría testificando, pues, que hubo una presencia de cristianos muy temprana en Roma, y, a la vez, que la proclamación de que Jesús es el Mesías ya estaba muy extendida en ese tiempo, y suscitaba altercados entre los judíos de la ciudad.

Notas

[1] El texto fue editado por W. Curetón, *Spicilegium syriacum, containing remains of Bardesan, Meliton, Ambrose and Mara Bar Serapion*, Rivingtons, Londres 1855, 43-48.

[2] Algunas valoraciones a cerca de este texto en R.E. van Voorst, *Gesú nelle fonti extrabibliche...*, o.c., 69-75; R. Penna, *L'ambiente...*, o.c., 268-269; G. Theissen-A. Merz, *El Jesús...*, o.c., 97-99.

[3] Una buena biografía de Flavio Josefo disponible en español es la de M. Hadas-Lebel, *Flavio Josefo: el judío de Roma*, o.c.

[4] Una documentada valoración de estos textos puede encontrarse en R.E. van Voorst, *Gesú...*, o.c., 100-124.

[5] Unas más amplias discusiones de estos textos puede consultarse R. Pena, *L'ambient...*, o.c., 259-261; G. Theissen-A. Merz, *El Jesús...*, o.c., 85-86

[6] Flavio Josefo, *Antiquitates iudaicae* XX,200, en *Josephus, Jewish antiquities, books XVIII-XX*, o.c., 494-496.

[7] Id., *Antiquitates iudaicae* XVIII, 63-64, en *ibid*, 48-50.

[8] El texto ha sido objeto de numerosos estudios y valoraciones. Una síntesis de las distintas opiniones puede encontrarse en G. Theissen-A. Merz, *El Jesús...*, o.c.

- [9] *Contra Celso* I, 47. El texto puede consultarse en D. Ruiz Bueno (ed.), *Orígenes, Contra Celso*, o.c., 80-81.
- [10] Texto editado por S. Pines, *An Arabic version of the Testimonium Flavianum...*, o.c. 14, 16. Una valoración del mismo en R. Penna, *L?ambiente...*, o.c., 258-259.
- [11] Una síntesis de la biografía de Plinio el Joven, a cargo de L. Lenaz, puede consultarse en *Plinio il Giovane, Lettere ai familiari*, o.c., 5-13.
- [12] Son de interés las notas a la traducción italiana que puede leerse en L. Lenaz (ed.), *Plinio il Giovane, Carteggio con Traiano*, o.c., 886-897.
- [13] Cayo Plinio Cecilio Segundo, *Epistolarum ad Traianum Imperatorem cum eiusdem Responsis liber X*, 96. El texto latino puede consultarse en W. Williams (ed.), *Pliny. Correspondence with Trajan from Bithynia...*, o.c., 70-72.
- [14] Cfr Tertuliano, *Apologetico* II, 6-7; texto latino en A. Resta Barrile (ed.), *Tertuliano. Apologetico*, o.c., 8-10.
- [15] Sobre el contenido de estas acusaciones véase R. Penna, *L?ambiente...*, o.c., 274-275.
- [16] Algunas observaciones sobre el culto cristiano que testimonia este pasaje en R.E. van Voorst, *Gesú...*, o.c., 37-44.
- [17] Un acercamiento a la biografía de Tácito puede consultarse en el prólogo de C. López de Juan (ed.), *Cornelio Tácito. Anales*, Alianza, Madrid 1993, 7-30.
- [18] Cornelio Tácito, *Anales* XV, 44. El texto latino puede consultarse en H. Goelzer (ed.), *tacito. Anales*, o.c., III, 491-492.
- [19] Una valoración detenida de sus aportaciones puede encontrarse en R.E. van Voorst, *Gesú...*, o.c., 55-69. Puede verse también R. Penna, *L?ambiente...*, o.c., 275-277; G. Theissen-A. Merz, *El Jesús...*, o.c., 102-104.
- [20] Para más información sobre la biografía de Suetonio y una presentación de sus *Vidas de los doce Césares* véase la introducción de A. Ramírez de Verger-R.Mª. Agudo Cubas (eds.), *Suetonio, Vida de los doce Césares*, o.c., 13-24.
- [21] Suetonio, *Vida de Claudio*, 25,4. El texto latino puede consultarse en C. *Suetonii Tranquilli Opera*, I, o.c., 209.
- [22] Una valoración crítica del texto en R.E. van Voorst, *Gesú...*, o.c., 44-54; Más brevemente G. Theissen-A. Merz, *El Jesús...*, o.c., 104-105; R. Penna, *L?ambiente...*, o.c., 277-279.

Jesús de Nazaret en las fuentes históricas

(II) Judías

Francisco Varo Cfr. Francisco Varo, *Rabí Jesús de Nazaret*, BAC Madrid 2005, pp. 115-127

Desde principios del siglo XX comenzó a prestarse atención a los escritos judíos posteriores a la época bíblica como fuentes preciosas para la historia de Jesús y del primer desarrollo del cristianismo, ya sea por la información que proporcionan en sí mismos, ya por el contraste que ofrecen con otras versiones de los hechos, paganos o cristianos.

Un primer impulso a esta investigación en el ámbito cristiano lo proporcionaron los estudios del erudito alemán Hermann L. Strack. Entre los investigadores judíos son muy notables las investigaciones de Yosef Kausner. Sus estudios críticos sobre las alusiones del Talmud acerca de Jesús han puesto de manifiesto por una nueva vía que Jesús es una persona real, de la que es posible reconstruir algo de lo que hizo y enseñó, incluso si se prescinde por completo de los evangelios y demás escritos cristianos [1].

Antes de presentar, siguiendo los estudios aludidos, una síntesis de lo que aportan las fuentes talmúdicas para el tema que nos ocupa [2], puede ser de utilidad ofrecer al lector una breve introducción sobre las características de la literatura rabínica, que ayude a situar en su contexto adecuado los textos rabínicos que se mencionarán a continuación.

1. Los escritos judíos post-bíblicos

Según la tradición judía, todas las leyes y ordenanzas recibidas por Moisés en el Sinaí tienen origen divino. Dios le entregó la *Torah* que es la Ley escrita, y a la vez Moisés recibió una explicación detenida acerca de cómo debía ser aplicada esa Ley, que constituye lo que se conoce como «Torah oral» o *Torah she-be-alpe*.

La *Torah* escrita, siempre de acuerdo con esa tradición, se conservó en el Arca de la Alianza para que sirviera de testimonio a las generaciones futuras, mientras que la *Torah* oral no fue escrita por Moisés, sino enseñada de palabra a los setenta sabios de su generación, que a su vez la enseñaron al pueblo. Moisés confió a Josué la tarea de transmitir la *Torah* oral a sus sucesores. Éste la entregó a Pinjás y los sabios de la época de los Jueces. Así fue trasmitiéndose de unos a otros hasta Esdras el escriba, el cual constituyó una Gran Sinagoga de ciento veinte sabios, que más tarde fue reemplazada por una institución análoga llamada Sanedrín. El último sabio de esa Gran Sinagoga fue Simón el Justo.

El Sanedrín desempeñaba la tarea de educar en la Ley, tanto escrita como oral, y tuvo poderes judiciales para la aplicación de esa Ley. Lo formaban setenta y un miembros, y tenía su sede en una gran sala entre las dependencias del templo. **En el periodo de tiempo que va desde la reconstrucción del templo en la época persa hasta su destrucción por las tropas romanas el año 70 d.C., la Torah oral se fue transmitiendo por «pares» de sabios de generación en generación, desde Simón el Justo hasta Hillel y Shammai hacia la mitad del siglo I [3].**

Cuando las tropas de Tito asediaban Jerusalén, cuenta la tradición rabínica que Yojanán ben Zakkai, discípulo de Hillel, logró escapar de la ciudad, y fundó un centro rabínico en Yavne,

junto a la costa mediterránea, para perpetuar la enseñanza de la Ley. Desde allí continuó el proceso de recepción y entrega de la Torah oral. Este proceso no consistía sólo en la enseñanza estricta de las normas recibidas, sino que también se iban añadiendo otras nuevas, deducidas según las *middot* o reglas rabínicas de interpretación de los textos escritos, para responder a casos concretos que las nuevas circunstancias históricas y culturales iban planteando [4]. **La transmisión siguió realizándose de ese modo hasta Yehudá ha-Nasí, también conocido como Rabí, que vivió a comienzos del siglo III d.C.**

Rabí Yehudá ha-Nasí tomó una decisión que habría de tener gran trascendencia en el judaísmo posterior. Temía que ese sistema de transmisión de la Torah oral, con el paso del tiempo, la dispersión y la presión de las persecuciones sobre los judíos, pudiera ocasionar el olvido de algunos preceptos, así que optó por recopilar el conjunto de disposiciones recibidas gracias a la enseñanza oral de sus antecesores. **De este modo compuso un código escrito, que se conoce como la *Misná*, y al que a partir de entonces se le reconoce un valor normativo para todo Israel [5].**

A los maestros que le precedieron, es decir, a los que van desde Hil.lél y Shammai, herederos de lo recibido de la Gran Sinagoga, hasta Yehudá ha-Nasí, cuyas sentencias y deducciones de la Ley se recogen en la *Misná*, se les conoce como los ***tannaim* o *tannaítas***. La palabra deriva del término arameo *tanna* («repetir, transmitir, enseñar, aprender»). Son aquellos maestros de reconocida autoridad cuya enseñanza fue transmitida de unos a otros por repetición [6].

Una vez establecida esa primera fijación en un código, y conforme pasaba el tiempo, se fue imponiendo la necesidad de explicar lo que no se había incluido en la *Misná* para que ésta no resultara excesivamente extensa, o no quedaba claro por la concisión con que se había dicho. Cada una de esas aclaraciones a los textos **«misnaicos» se llama *baraíta***. El proceso de transmisión comentada de la *Misná* dura hasta el siglo VI, y a los sabios de esta generación se los conoce como *amoraim* o *amoraítas* (del verbo *amar*, que en hebreo significa «decir, comentar») [7].

En esos siglos, muchos de los judíos que habían quedado en la tierra de Israel, entonces integrada en el Imperio Romano de Oriente, se trasladaron a Babilonia en busca de mayor seguridad, y se fundaron allí algunas escuelas rabínicas. Las más ilustres fueron las establecidas en las ciudades de Sura y Pumbedita. También hubo algunas en Israel para los que permanecieron en su tierra.

En esas academias se comentaba la *Misná*, y cuando surgían discusiones sobre el modo de interpretarla se apoyaban las distintas soluciones ofrecidas por los maestros tanto en versículos de la *Torah*, como en *baraitot* sobre la *Misná*. Es el período de los *saboraim* o *saboraítas* (del verbo *sabar*, «explicar») [8]. **Para que se conservasen en el futuro esas discusiones desde las que se proporciona una orientación autorizada en el judaísmo para el cumplimiento de la Ley, éstas se fueron recopilando y poniendo por escrito. Esta obra se llama *Guemará*, y contiene las aportaciones más significativas a la interpretación de la *Misná* en los trescientos años siguientes a su fijación.**

El conjunto de las leyes de la *Misná*, con sus comentarios de la *Guemará*, se llama *Talmud*. La recopilación realizada en la tierra de Israel se llama *Talmud Yerushalmí* o *Talmud de Jerusalén* [9], y la llevada a cabo algún tiempo después, y por tanto más amplia, en las academias de Babilonia se conoce como *Talmud Bablí* o *Talmud de Babilonia* [10]. **Esa recopilación se cerró hacia la mitad del siglo VIII.**

2. Jesús en el Talmud

El uso de las fuentes judías para un análisis histórico de la vida y enseñanza de Jesús de Nazaret tiene el indudable interés de proporcionar unos datos que han llegado por vías alternativas a las cristianas, y por tanto no son sospechosos de haber recibido una manipulación favorable al personaje del que hablan. Pero tienen también el problema contrario. No son fuentes imparciales, sino muy parciales, ya que de entrada sus autores no tienen el menor interés en informar sobre Jesús de modo fidedigno, si de ahí hubiera de resultar atractiva su figura, sino que sus alusiones a Jesús son más bien vituperaciones al fundador de un grupo religioso rival, con el que mantienen en los siglos I y II agrias disputas, y con las que buscan desacreditar a sus contrincantes.

Como en todos los documentos antiguos, la objetividad en la crítica histórica exige ser aquí muy cuidadosos con el asentimiento que se presta a unas referencias para discernir lo que pueda haber de real de lo que es pura fabulación, ya sea a favor o en contra.

Con todo, a pesar del tono polémico de esas menciones de Jesús y sus discípulos, las coincidencias de fondo que se aprecian en cuestiones que se consideran asumidas por ambas partes -judíos y cristianos sirven para acercarse a hechos que se pueden considerar probados. Al menos, que no fueron discutidos por los protagonistas inmediatos, ni los seguidores ni los detractores. Y eso, en un ambiente tan tenso como el que se respiraba, sólo parece posible si es que se refieren a hechos indiscutibles.

a) Jesús tuvo discípulos

Una de las más antiguas referencias judías a Jesús se encuentra en una *baraíta* del tratado *Sanedrín del Talmud*, y dice así: «Jesús tuvo cinco discípulos: Mattai, Nakai, Netzer, Buni y Todá» [11].

Tal vez esta relación de cinco discípulos esté en polémica con la cifra evangélica de los doce. Algunos de estos nombres son simbólicos y otros deformaciones de referencias a seguidores de Jesús, aunque no se incluyan en el grupo de los Apóstoles [12]. Se piensa que los dos primeros, Mattai y Nakai, son deformaciones de Mateo y Lucas, respectivamente. El tercero, Netzer, está relacionado con la palabra hebrea *notzrim*, con la que los judíos designan a los cristianos. Los expertos suponen que el cuarto nombre, Buni, designa a Nicodemo a partir de una glosa talmúdica que identifica esos nombres. El último podría referirse a Tadeo.

En cualquier caso, y por encima de la gran cantidad de dudas que esta mención deja abiertas acerca del significado real de esos nombres, lo que testimonia es que Jesús había tenido un grupo de hombres que eran discípulos suyos.

b) Jesús no vino a abrogar la Ley

La siguiente alusión, a la vez imaginativa e interesante, está contenida en el siguiente fragmento talmúdico:

«Ima Shalom era esposa del R. Eleazar y hermana de Rabán Gamaliel. Cerca de ella vivía un filósofo que tenía reputación de no haberse dejado sobornar nunca. Ellos trataron de burlarse de él. Ella le mandó una lámpara de oro. Ambos [Ima Shalom y su hermano Gamaliel] fueron a verlo.

Ella le dijo: "Deseo que me den una parte de la propiedad de la familia" [lo que no está previsto en la Ley de Moisés, según la cual sólo heredan los varones]. El les dijo: "Desde el día en que vosotros dejasteis vuestra

tierra, la ley de Moisés fue apartada, y se dio la ley del Evangelion, y en él está escrito: Un hijo y una hija heredarán por igual".

Al día siguiente, él [Gamaliel], por su parte, le envió un asno libio. Él [el filósofo] les dijo: "He mirado más al final del libro, y está escrito: No he venido a abolir la Ley de Moisés, y no he venido para completar la Ley de Moisés, y en ella está escrito: "Donde hay un hijo, la hija no hereda"» [13].

El texto, como se puede apreciar enseguida, lo que pretende es ridiculizar la fama de justo e imparcial que se atribuía a ese filósofo cristiano, presentándolo como fácil de sobornar, dispuesto a rebuscar en los textos para encontrar razones que complazcan a quien le ha hecho un regalo mejor, aunque contradigan lo que había juzgado oportuno anteriormente. Un día invoca el evangelio para dar la razón en un litigio por cuestiones de herencia a aquella que le había enviado una lámpara de oro como obsequio, y al día siguiente, cuando la otra parte le hace otro regalo de importancia, un buen asno, se decanta a su favor esgrimiendo otra frase que induce a decidir lo contrario de lo que había dicho el día anterior.

Los estudiosos del Talmud piensan que en su redacción actual se trata de un texto más bien tardío [14]. No es posible dilucidar con certeza la historicidad de la escena narrada, pero, en cualquier caso, el relato sí que refleja algo verdadero, y es que entre los judíos y los seguidores de Jesús surgían con frecuencia disputas y polémicas.

Pero al margen de la cuestión discutida en el texto, que es la honorabilidad e integridad moral de aquel personaje cristiano, en el relato aparece la mención de algo en lo que el redactor judío se manifiesta de acuerdo con lo que decían los cristianos, y es el hecho de que Jesús dijo que no había venido a abrogar la Ley, como se afirma en este texto y en el Sermón de la Montaña según lo recoge el evangelio de Mateo.

La polémica real a la que se está aludiendo versa sobre si se podía llegar más lejos en la interpretación de la Ley de cuanto lo hacían los fariseos, llevando a su plenitud el espíritu de esa misma ley, o si no se podía admitir progreso alguno. En el evangelio las palabras que se ponen en boca de Jesús son: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolirlos, sino (en hebreo: *?ela*) a completarlos» (Mt 5,17). En la cita del Talmud se cambia una consonante (*waw* en vez de *?alef*) en la frase de Jesús que cambia totalmente el significado: «No he venido a abolir la Ley, ni tampoco (en hebreo *welo*) a completarla», como si el autor del evangelio se hubiese equivocado al transcribir las palabras de Jesús.

En cualquier caso, el texto refleja que tanto judíos como cristianos sabían que Jesús había afrontado la cuestión del valor de la Ley, y que había reconocido un valor en sí misma a la Ley de Moisés.

c) Jesús comentó la Ley con procedimientos análogos a los empleados por los fariseos

Uno de los grandes maestros *tannaítas* fue Eliezer ben Hyrcanos, discípulo de Yojanán ben Zakkay. Este personaje es el protagonista de una *baraíta* en la que se habla de Jesús:

«Nuestros maestros dijeron:

Quando R. Eliezer fue arrestado por minut [herejía (es decir, por simpatía hacia doctrinas cristianas)], lo llevaron ante el procurador para juzgado. El procurador le dijo: "¿Un viejo como tú se ocupa de estas cuestiones inútiles?". El respondió: "Yo confío en el que me juzga". El procurador pensó que hablaba de él, pero en realidad pensaba en el Padre celestial. El procurador le dijo: "Puesto que confías en mí, estás absuelto".

Cuando volvió a casa, los discípulos acudieron a consolado, pero él no aceptó ese consuelo. El R. Akiba le dijo: "Permite que te diga una cosa que tú me has enseñado". El respondió que la dijese. Dijo: "Quizás una palabra de minut [herejía] te tomó de sorpresa y te agradó, y por eso fuiste arrestado". El respondió: "¡Akiba, me has hecho recordar! Una vez caminaba por el mercado alto de Séforis y encontré a uno de los discípulos de Jesús de Nazaret, que se llamaba Jacob, de Kefar Sekanyá. El me dijo: Está escrito en tu Ley: no recogerás el salario de una ramera, etc. ¿Qué se iba a hacer con él? ¿Una letrina para el sumo sacerdote? Pero yo no respondí nada. El me dijo: Así me ha enseñado [Jesús]: Pues ella los ha recogido del salario de una ramera, y al salario de una ramera volverán, es decir, de la inmundicia vienen y a la inmundicia irán. Y el dicho me agradó, y por eso fui arrestado por minut. Y efectivamente yo transgredí lo que está escrito en la Ley: Mantente lejos de ella [de la herejía]"» [15].

En efecto, es sabido que Eliezer fue arrestado acusado de cercanía a lo cristiano, en el año 109, durante la primera persecución de Trajano contra los cristianos, pero él no recordaba que jamás hubiera tenido el menor contacto ni simpatía hacia ellos. Sin embargo, a raíz de las palabras de Akiba recordó, como muy lejano en el tiempo, la única vez que había escuchado con simpatía algo atribuido a Jesús, y le había parecido bien, ya que era un comentario que juzgaba muy atinado a un pasaje de la *Torah*.

Estudiosos del Talmud sitúan la escena del encuentro con el cristiano en Séforis en torno al año 60 de nuestra era, por lo que el discípulo de Jesús bien pudiera ser no sólo un cristiano, sino alguien que hubiera conocido directamente a Jesús, y que recordara ese comentario a un pasaje del libro del Deuteronomio (Dt 23,19), que ciertamente resulta muy extraño para un lector cristiano actual [16]. Si ese recuerdo es fidedigno, testificaría que también Jesús explicaba con normalidad, como era tarea ordinaria de los demás maestros, el sentido de normas concretas de la Ley, de modo análogo a los demás.

d) Jesús contradijo a escribas y fariseos pero siempre habló bien de Israel

En la tradición judía antigua, la mayor parte de las menciones que se hacen de Jesús insisten en su enfrentamiento con escribas y fariseos; sin embargo, hay pasajes, como el anterior, en que se aceptaban como buenas interpretaciones suyas de la Ley, y como el que sigue, que, a pesar de ser poco amable con Jesús, lo reconoce en su condición de judío. Se trata de un texto del tratado *Gittin* en que está hablando de un tal Onkelos, hijo de Kalónimos, hijo de la hermana de Tito, que quiso hacerse prosélito. Primeramente se dirigió a Tito por medio de encantos. Tito le advirtió de que no se hiciera prosélito porque Israel tenía muchos mandamientos, y mandamientos difíciles de observar; más bien le aconsejó que se opusiera a ellos. Onkelos entonces se dirigió a Balaam, que le dijo airado contra Israel que no buscase su paz ni su bien en ningún momento de su vida:

«Entonces Onkelos se dirigió a Jesús con la nigromancia y le dijo: "¿Qué es lo más importante de este mundo?". El le respondió: "Israel". El preguntó: "¿Y qué pasaría si me uniese a ellos?". El le dijo: "Busca su bien y no busques su daño. Todo el que los hiera es como si hiriera a la niña de los ojos de Dios"».
El episodio se cierra con una baraita que dice:

«Todo el que se burle de las palabras de los sabios está condenado a ser inmundicia hirviente. Venid y ved lo que media entre los transgresores de Israel [Jesús] y los profetas de las naciones del mundo [Balaam]» [17].

Como es frecuente, el pasaje resulta extraño para el lector contemporáneo y tiene un halo de fantasía que pone de manifiesto que los hechos históricos que pueda haber en su origen se han re elaborado por completo hasta quedar muy desdibujados. Sin embargo, hay alusiones a hechos reales, y muy antiguos, en él [18].

El hijo de la hermana de Tito del que se habla es posiblemente Flavio Clemente -que en el texto hebreo se corrompe en *Kalónimos*-, que fue ajusticiado por «ateo» -es decir, por creer en un Dios invisible- en el año 96.

Entre los que «se burlan de las palabras de los sabios» se ponen como ejemplo paradigmático (no se trata, con toda certeza, de una escena real) a Balaam como prototipo de «profeta de las naciones», esto es, gentil, y a Jesús como prototipo de «transgresor de Israel», es decir, judío aunque con un modo de entender sus normas y tradiciones que se considera una infracción. Y el propio texto es, con todo, favorable a Jesús, ya que alude claramente a su notable superioridad sobre «Balaam», a pesar de que lo juzga como «transgresor».

El pasaje es interesante porque, a pesar de la aversión manifiesta del texto hacia Jesús, reconoce que era y se sentía judío, y buscaba el bien de su pueblo. Resulta significativo que, a pesar de la evidente aversión, se le reconozca que manifestó tan extraordinario amor a Israel que pudo afirmar que quien lo golpease «es como si hiriera a la niña de los ojos de Dios».

e) Jesús se manifestó como Dios

Además del anterior, hay otros pasajes en los que las figuras de Jesús y Balaam son mencionadas juntas, como dos prototipos de personas de procedencia judía o gentil, pero ambas equivocadas.

No obstante, fijarse en lo que se considera intolerable tiene el interés de sacar a la luz hechos que se tenían por ciertos, aunque su interpretación no resultara favorable para el Maestro de Nazaret.

En el parágrafo 725 del *Yalkut Shimeoni* que trata sobre Núm 23,7, de acuerdo con el *Midrash Ielamdenu*, se dice:

«R. Eleazar ha-Kapar dijo:

Dios dio fuerza a su voz [la de Balaam] de modo que llegó de un extremo al otro del mundo, porque El miró y contempló las naciones que se doblegaban ante el sol, la luna y las estrellas, y ante la madera y la piedra, y vio que había un hombre, nacido de mujer, que se erguía e intentaba hacerse Dios a sí mismo para que el mundo entero fuera por mal camino. Entonces Dios dio poder a la voz de Balaam para que todos los pueblos de la tierra pudieran oírlo, y él habló:

"Cuidad vosotros de no ir por mal camitjlo detrás de ese hombre, pues está escrito: Dios no es un hombre, como para mentir. Y si él dice que es Dios, es un embustero y se engañará. Dijo que partiría y que volvería al final; lo dijo, pero no lo realizó. Ved lo que está escrito: Y él comenzó su parábola y dijo: ¡Ay, quién vivirá cuando Dios hace esto! Balaam dijo: ¡Ay, quién vivirá de esta nación que escuchó a ese hombre que se hizo Dios a sí mismo!"» [19].

El rabino que protagoniza ese pasaje, R. Eleazar ha-Kapar, fue el padre de uno de los más famosos maestros, Bar Kapará, contemporáneo de Yehudah ha-Nasí, el gran artífice de la recopilación de dichos que constituye la *Misná*, y que vivió en la primera mitad del siglo III.

El pasaje citado, con una crudeza crítica análoga a los demás que estamos repasando en esta sección, puede pertenecer a la *amorá* de R. Abahu. Pone en boca de Balaam, el profeta extranjero, una advertencia amenazante contra la gente que escuche a aquel que, habiendo «nacido de mujer», «se hacía Dios a sí mismo».

El texto presupone que el mismo Jesús no se había opuesto al reconocimiento espontáneo de su divinidad por parte de los que escuchaban su predicación y contemplaban los prodigios que

realizaba, e incluso que él mismo había provocado con sus hechos esas reacciones. Lo que, siendo un hombre, implica necesariamente -juzga quien no acepta que verdaderamente fuese el Hijo de Dios- que era un impostor.

f) Jesús realizó prodigios y fue acusado de hechicería

La creencia de algunos en la divinidad de Jesús, testificada por el pasaje anterior, es necesario ponerla en relación con la noticia que había llegado por diversas fuentes, y que resultaba imposible negar, de que Jesús había realizado hechos prodigiosos, que no tenían explicación humana. Si no se está dispuesto a aceptar que Dios esté con él, sólo cabe el recurso de atribuir esas acciones a encantos de hechicería. Y esto es lo que sucede en toda la tradición rabínica en torno a la figura de Jesús. Es más, la hechicería se considera como su más grande delito, que le mereció la condena a una muerte ignominiosa.

El pasaje más conocido de todos es el siguiente texto de una *baraíta* del Talmud:

«La víspera de la Pascua fue colgado Jesús. Desde cuarenta días antes el pregonero había gritado diciendo: "Es sacado a lapidar porque ha practicado la hechicería, y ha seducido, y lleva a Israel por mal camino. Quien tenga algo que decir en su defensa, que venga y lo diga".

Y como nada fue presentado en su defensa, fue colgado la víspera de la Pascua» [20].

A pesar de la animadversión hacia lo que representa la figura de Jesús -el fundador de un grupo que se apartaba y oponía a la enseñanza oficial de los maestros de Israel-, no resultaba posible negar que había realizado signos prodigiosos, por lo que el único motivo «razonable» para justificar la condena es considerarlos como actos de hechicería.

El hecho de que Jesús tuviera seguidores, que perseveraban en sus creencias hasta el momento en que fue escrito este pasaje, es aludido en la acusación de que «ha seducido y lleva a Israel por mal camino».

De otra parte, la noticia de que hubo una acusación de «hechicería», además de ser muy antigua y llegada por una vía totalmente independiente de las fuentes cristianas, tiene visos de verosimilitud histórica, ya que coincide con la acusación calumniosa contra Jesús mencionada en los evangelios de que Jesús tenía un pacto con Beelzebul (cfr. Mc 3,22). Si Jesús no hubiera hecho realmente signos portentosos, la tradición judía no habría hablado de que Jesús practicaba la hechicería, sino de que sus discípulos habían inventado los milagros.

Además, el relato del Talmud alude de paso a otras circunstancias que ayudan a aproximarse, junto con las demás fuentes, a algunos datos históricos. En concreto, se afirma que fue ajusticiado «la víspera de la Pascua», esto es, en el tiempo en que estaba previsto sacrificar al cordero pascual, tal como lo hacen notar los evangelios.

Por otra parte, y es otra muestra del carácter genuino del pasaje (nada sospechoso de ser una interpolación cristiana en el Talmud), el redactor al hablar de la ejecución de Jesús no utiliza el verbo «fue crucificado», que es la fórmula más precisa, sino una expresión más genérica: «fue colgado», ya que al lector judío al que se dirige, esas palabras le pueden sugerir inmediatamente lo que dice la *Torah*: «el que cuelga de un madero es una maldición de Dios» (Dt 21,23) [21].

g) Los discípulos de Jesús curaban enfermedades en su nombre

En otros pasajes de la tradición rabínica, sino que algunos discípulos suyos también realizaban curaciones. Hay una *baraíta* que menciona a uno de ellos, llamado Jacob (es decir, Santiago), que curaba enfermedades en nombre de Jesús:

«Le ocurrió a R. Eleazar ben Dama que una serpiente lo mordió, y Jacob de Kefar Sama vino a curarlo en el nombre de Jesús ben Pandera. Pero el R. Ismael se lo impidió diciendo: "Ben Dama, no te está permitido". Él [Eleazar ben Dama] respondió: "Te daré una prueba de que es posible curarme". Pero antes de que pudiera probar nada, murió.

El R. Ismael dijo: "Feliz eres tú, Ben Dama, porque quedas en paz y no has violado la valla de los sabios"» [22].

La denominación «Jesús ben Pandera», como se verá con detalle más adelante, al hablar de las leyendas judías sobre su nacimiento, es un modo habitual en estas fuentes de designar a Jesús de Nazaret. El objetivo de este texto es poner de realce que Eleazar ben Dama tuvo suerte al morir antes que «violar la valla de los sabios», es decir, incumplir las prescripciones de la Torah oral, o normas rabínicas [23]. Pero de paso, y es el dato que nos interesa ahora, se menciona a ese Jacob discípulo de Jesús al que los comentarios populares le reconocen actividades taumatúrgicas.

3. Aportaciones a la historia de Jesús desde los escritos rabínicos

Se podría continuar con la enumeración de pasajes talmúdicos que hacen referencia directa o indirecta a Jesús, pero con la selección que se acaba de presentar es suficiente para hacerse cargo del estilo y los contenidos fundamentales de esos pasajes, y lo que pueden aportar, valorados críticamente -como se requiere para el manejo científico de cualquier fuente antigua-, en orden a un acercamiento histórico a la figura de Jesús de Nazaret.

Un notable hombre de cultura judío de la época contemporánea, Joseph Klausner, sintetiza así algunas de las conclusiones que se pueden deducir de los enunciados talmúdicos sobre Jesús:

«Hay enunciados confiables en lo que respecta a que su nombre era Yeshua (Yeshu) de Nazaret, que "practicó la hechicería" (es decir, que realizó milagros como era corriente en aquellos días) y la seducción, y que conducía a Israel por mal camino; que se burló de las palabras de los sabios y comentó la Escritura de la misma manera que los fariseos; que tuvo cinco discípulos; que dijo que no había venido para abrogar nada en la Ley ni para añadirle cosa alguna; que fue colgado de un madero (crucificado) como falso maestro y seductor, en víspera de Pascua (que cayó en sábado); y que sus discípulos curaban enfermedades en su nombre» [24].

El resumen que hace, aunque exigiría precisiones desde el punto de vista histórico en la línea de los comentarios que hemos venido realizando a cada texto, es suficientemente expresivo de lo que se puede deducir de esas fuentes, que no es todo, pero no es poco.

Notas

[1] Su principal obra sobre el tema es J. Klausner, *Jesús de Nazaret...*, o.c. El original, en inglés fue publicado en 1907.

[2] No han faltado discusiones acerca de si las fuentes rabínicas pueden proporcionar datos fiables sobre Jesús. Una buena muestra de ese diálogo son los artículos cruzados entre L.H. Silberman, «*Once Again...*», o.c., 153-155, y R. E. BROWN, «*The Babylonian Talmud on the Execution of Jesus*», o.c., 158-159. No obstante, a pesar de las vacilaciones de algunos, muchos investigadores rigurosos reconocen que se trata de una tarea posible.

[3] Para el periodo que va de la Gran Sinagoga al final de los cinco «pares» véase H. L. STRACK-G. STEMBERGER, *Introducción a la literatura talmúdica y midrásica*, o.c., 110-112.

[4] Acerca del desarrollo de las *middot* o reglas de interpretación, desde las siete de Hillel hasta las treinta y dos de Eliezer ben Yosé ha-Gelili, véase H. L. STRACK - G. STEMBERGER, *Introducción...*, o.c., 48-69.

[5] Para más información acerca de la *Misná*, véase al introducción de C. DEL VALLE; (ed.),

La Misná, o.c., 13-25.

[6] Un elenco bastante completo de las cinco generaciones de maestros *tannaítas* en H. L. STRACK - G. STEMBERGER, *Introducción...*, o.c., 113-133.

[7] También puede encontrarse un amplio elenco de siete generaciones de *amoralitas* en Ibid 133-152.

[8] Los nombres y algunos datos biográficos de los principales *sobaraítas* pueden encontrarse en Ibid., 153.

[9] Para mayor información sobre el *Talmud de Jerusalén*, véase Ibid., 236-267.

[10] Más información en Ibid., 267-305.

[11] TB *Sanhedrin VI*, 1, f.43a, en L. GOIDSCHMIDT (ed.), *Der babylonische Talmud*, o.c., VIII, 632.

[12] Acerca de la interpretación de esos cinco nombres véase J. KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 29.

[13] TB *Shabbath XV*, 1, f.116a-116b, en L. GOLDSCHMIDT (ed.), *Der babylonische Talmud*,

o.c., 1, 792.

[14] Una discusión y amplio comentario del texto en KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 43-44. También pueden consultarse las valoraciones de R. PENNA, *L?ambiente...*, o.c., 264-265.

[15] TB *Avodá Zará I*, 7, f.16b-17a, en L. GOLDSCHMIDT (ed.), *Der babylonische Talmud*, o.c., IX, 483-484.

[16] En las valoraciones que presentamos del pasaje, seguimos la erudita exposición de J. KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 37-38.

[17] TB *Gittin V*, 6, f.56b-57a, en L. GOLDSCHMIDT (ed.), *Der babylonische Talmud*, o.c., VI, 368.

[18] Para la identificación de los personajes y la crítica del texto, véase J. KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 32-33.

[19] La transcripción del texto que ofrecemos está tomada de J. KLAUSNER, *Jesús...*, oc., 33-34, y los comentarios son una síntesis de los que el mismo autor realiza a ese pasaje.

[20] TB, *Sanhedrin VI*, 1; f.43a, en L. GOLDSCHM1DT (ed.), *Der babylonische Talmud*, o.c., VIII, 631-632.

[21] Para una valoración detenida de este pasaje, véanse J. KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 26-28; G. THEISSEN-A. MERZ, *El Jesús...*, o.c., 95-97; R. PENNA, *L?ambiente...*, o.c., 261-261; R. E. VAN VOORST, *Gesu...*, o.c., 139-141.

[22] *Tosefta*, *Shehitat Hul.lim* 2, 22-23; J. NEUSNER (ed.), *The Tosefta*, II (Hendrickson Publishers, Peabody, Mass. 2002) 1380. Cfr. TB *Avodá Zará II*, 2, f.27b, en L. GOLDSCHMIDT (ed.), *Der babylonische Talmud*, o.c., IX, 518.

[23] Un comentario amplio del texto en J. KLAUSNER, *Jesús...*, o.c., 39-42.

[24] Ibid., 44.